

Un ¡bravo! al Orfeón vergarés

Aún cuando no soy muy dado a escribir en los periódicos, no he podido resistirme a escribir unas letras, empujado más que nada por una pequeña anécdota ocurrida el pasado domingo, en Bergara, y del que fui testigo. Unas pocas horas antes del concierto, conversaban un veterano orfeonista y su nieto a propósito del presupuesto del mismo.

El joven no comprendía todo aquel montaje, el duro esfuerzo que exigía la preparación del mismo, cuando todo ello iba a suponer un déficit económico muy fuerte. «Nosotros, los jóvenes, argumentaba el nieto, nos traemos un concierto de Rock y sin tanto follón salimos ganando...».

Hasta aquí la anécdota.

Hay momentos en la vida en que uno siente con ardor en su sangre la alegría de pertenecer a tal grupo, a tal pueblo, a tal familia... Si, es cierto, el adulto debe saber «apropiarse» en su vida no sólo de los aciertos y gozos, sino también de los fracasos y desgracias. Todos ellos pertenecen igualmente a su historia, y todos ellos, de una u otra manera, tejen su personalidad. Aplicándolo a nuestra identificación social-comunitaria, diría que no es buen patriota el que sólo se identifica con su pueblo, en los momentos de su exaltación. Pero no es menos cierto que uno se identifica más fácilmente con los aciertos y que hace falta una cierta terapéutica para identificarse con los fracasos. Pues bien, soy vergarés y no puedo negar que el pasado domingo sentí la alegría de serlo. Es uno de esos momentos en que no me cuesta nada identificarme con la música y más en concreto con la música coral y de los esfuerzos (los he visto de muy cerca) que supone para unos coralistas, en gran parte con una deficiente formación musical, el «Requiem» de Berlioz, el «Gurre-Lieder» de Schöenberg, el «Hilletea» de Escudero etc... Empezar con un coro es relativamente fácil. El continuar como en el caso del orfeón durante cerca de 75 años, ofreciendo durante 25 años festivales sinfónicos

como los que ofrece, es algo muy difícil realmente es algo que no se puede valorar con criterios crematísticos, positivistas o consumistas del hombre moderno. Recuerdo que hace 13 años, un día de Santiago, mientras oía y veía el concierto del orfeón por televisión, me comentaba el maestro Pirfano: «Desgraciadamente y tal como van las cosas, antes de 10 años, no existirá más coro sinfónico que el de R.T.V.E.».

Gracias a Dios, no ha sido cierto. Muchos de nuestros contemporáneos no comprenden como unos «jubilados», que por cierto no abundan en dinero, son capaces pertenecer a la Banda Municipal de música «total por lo que ganan»... Si, hay todavía cosas en la vida que no se hacen por dinero. Es más, diría que las opciones más costosas y arriesgadas en la vida, como el dar la vida a un nuevo ser, el ir a convivir al tercer mundo, el luchar hasta la muerte por su pueblo, el gastarse por ofrecer mejores posibilidades a sus hijos etc... son gratuitas, pues son fruto del amor y de la poesía de la vida. Nuestra admiración por los grandes personajes de la historia se basa fundamentalmente en el servicio llevado a cabo en la gratuidad. El cantar, el gozar con la música, el querer ofrecer a un público un espectáculo tan bello y grandioso como el del domingo, es también amor y poesía de la vida.

Es por ello, que al oír al orfeón, independientemente de si hizo bien o mal, eso pertenece a otro apartado como es la crítica musical, me emocioné una vez más y sentí la alegría de ser amigo de ellos, de compartir mi origen con ellos. Quisiera ser también capaz de asumir y unirme con mi pueblo, en otros momentos, más duros sin duda, en que determinadas de sus acciones no serán tan vitoreadas y cantadas. Pero por hoy, no me sale más que un «bravo» al orfeón vergarés. Quisiera terminar con unos bersos de Mendiague:

«Kantuz pasatu ditut gauak eta egunak,
Kantuz izan dirade ardua eta lanak;
Kantuz biltzen ninduen aldeko lagunak;
Kantuz eman didate obra gabe famak;
Kantuz hartuko ahal nau gure Jainko Jaunak»

Félix GARITANO.